

El costo humano detrás del algoritmo

25/02/2026

La declaración de Mark Zuckerberg ante la justicia de los Estados Unidos ha puesto sobre la mesa una realidad que las familias de todo el mundo enfrentan en la intimidad de sus hogares: el daño que las redes sociales están provocando en la salud mental de los jóvenes no es un accidente de la modernidad, sino el resultado de un diseño deliberado. El juicio a Meta por presunto daño a menores desnuda el mecanismo de plataformas que funcionan como dispositivos de captación constante, diseñados para manipular la neuroquímica cerebral de adolescentes cuya estructura emocional todavía está en formación.

La adicción a las redes sociales ha dejado de ser una preocupación lateral para convertirse en una crisis de salud pública de carácter global con efectos directos en nuestra comunidad. En San Rafael, sin ir lejos, este fenómeno ya se manifiesta en una creciente desconexión con la realidad inmediata, el aumento sostenido de cuadros de ansiedad, trastornos del sueño y una erosión profunda de los vínculos sociales en el espacio público. El algoritmo, ese motor invisible que decide qué vemos y qué sentimos, ha desplazado a los espacios tradicionales de socialización por un entorno de competencia feroz por la aprobación externa, medido en métricas de validación efímera que nada tienen que ver con la construcción de la identidad.

El impacto es particularmente severo en una sociedad que debe lidiar con la brecha entre la vida proyectada en las pantallas y las dificultades económicas y sociales de la Argentina actual. La juventud, atrapada en el consumo infinito de contenidos diseñados para generar dependencia, se enfrenta a una distorsión de la propia imagen y a una intolerancia

creciente a la frustración. Cuando la comunicación se reduce al desplazamiento constante de una pantalla, se debilita la capacidad de reflexión, la concentración en el estudio y la participación ciudadana consciente.

Resulta imperativo que la discusión sobre el daño de las redes sociales deje de ser un debate sobre preferencias individuales para convertirse en una urgencia política. No se trata de rechazar la tecnología, sino de exigir responsabilidad a las corporaciones que han transformado la subjetividad de los menores en una mercancía.